

EMERGENCIA, ARTICULACIÓN Y DECLIVE DEL MOVIMIENTO NACIONAL PALESTINO DURANTE EL PERIODO DE ENTREGUERRAS

Emergence, articulation and decline of the Palestinian National Movement during the interwar period

José ABU-TARBUSH e Isaías BARREÑADA

josabu@ull.edu.es e i.barrenada@cps.ucm.es

Universidad de La Laguna y Universidad Complutense de Madrid

Resumen: El Movimiento Nacional Palestino (MNP) del periodo de entreguerras es revisado a la luz de una perspectiva comparada con los actores de su entorno y externos que, junto a las aportaciones de nuevos estudios, muestra sus debilidades y limitaciones estructurales para superar los desafíos coloniales a los que se enfrentó. Originado al unísono del nacionalismo árabe en los dominios otomanos en Oriente Próximo entre finales del siglo XIX y principios del XX, el MNP se enfrentó al reto material y existencial del proyecto colonial sionista avalado por Gran Bretaña, la potencia mandataria en Palestina. Sin consolidarse del todo, con una estructura fragmentada y un liderazgo débil, el MNP se opuso a dichos planes mediante una resistencia predominantemente pacífica durante cerca de dos décadas hasta la frustración de sus expectativas, con la gradual transformación demográfica y política de Palestina, que propició la radicalización de sus bases sociales y una de las más tempranas rebeliones anticoloniales del siglo XX. La represión y el desmantelamiento del MNP en 1939 dejó a la sociedad palestina exhausta y huérfana de un movimiento nacional y dirección política en un momento crucial de su historia, cuando su territorio fue sometido a la partición.

Abstract: The Palestinian National Movement (PNM) of the interwar period is revisited using a comparative perspective that examines the actors involved and also external actors and that, together with other contributions made by recent studies, sheds new light on the movement's structural weaknesses and limitations in overcoming the colonial challenges it faced. Originating in unison with Arab nationalism in the Ottoman domains of the Middle East in the late nineteenth and early twentieth centuries, the PNM confronted the challenges, both material and existential, of the Zionist colonial project endorsed by Great Britain, the Mandate power in Palestine. Never fully consolidated, with a fragmented structure and weak leadership, the PNM opposed Zionist plans using predominantly peaceful resistance for nearly two decades until all of its hopes were dashed. This, along with the gradual demographic and political transformation of Palestine, led to the radicalization of its social bases and one of the earliest anti-colonial rebellions of the twentieth century. The repression and dismantling of the PNM in 1939 left Palestinian society extenuated and deprived of a national movement and political leadership much needed at a crucial moment in its history, when its territory was subjected to partition.

Palabras clave: Palestina. Nacionalismo. Colonialismo. Sionismo. Mandato.

Key words: Palestine. Nationalism. Colonialism. Zionism. Mandate.

Recibido: 28/05/2019 **Aceptado:** 28/06/2019

INTRODUCCIÓN

Durante la segunda mitad del siglo XIX el Imperio otomano adoptó toda una serie de medidas económicas, administrativas y políticas con objeto de modernizar su vasto Estado y hacer frente a crecientes e importantes desafíos internos y externos. Los cambios y transformaciones que propiciaron dichas reformas confluyeron con otras fuerzas y tendencias no menos importantes como el impacto del capitalismo en la región, la paulatina injerencia de las potencias europeas en los dominios territoriales otomanos y la emergencia del nacionalismo en este mismo ámbito espacial.

Con este telón de fondo se produjo la primera manifestación del nacionalismo en las provincias árabes del Imperio otomano en Oriente Próximo. La toma de conciencia nacional fue un proceso lento y complejo, de interacción entre el mundo interior y exterior, que respondía tanto a la efervescencia cultural e identitaria árabe como a las innovaciones y retos a las que se exponía. El creciente descontento político árabe con Estambul intensificó este proceso debido al generalizado malestar socioeconómico por las perennes crisis de las arcas otomanas, la asfixiante fiscalidad, las continuas y forzadas levas; unido a la falta de flexibilidad en la administración territorial con una renovada política de centralización y turquificación.

A caballo entre el siglo XIX y XX, todo parecía indicar que el mundo otomano se desmoronaba para dar lugar a la emancipación nacional y soberanía que los pueblos árabes anhelaban, como había sucedido en algunas de las principales provincias europeas del Imperio. La articulación de este movimiento nacional adquirió, en un primer momento, una dimensión panárabe (o, más precisa, pansiria) hasta terminar ramificándose en diferentes expresiones nacionalistas más acotadas territorialmente que partían y compartían ese mismo origen identitario, con sus propias derivaciones y particularidades. El nacionalismo palestino fue una de sus principales ramas. Sin embargo, muy pronto se advirtió que el aliento prestado por las potencias europeas al incipiente movimiento nacional árabe frente al Imperio otomano, así como los compromisos adquiridos por Londres y París de independencia árabe, fue una estrategia para hacerse con los dominios territoriales otomanos en Oriente Próximo.

En medio de esta encrucijada de connivencias e intereses se vertebró el Movimiento Nacional Palestino (MNP) durante el periodo de entreguerras, en sintonía con la evolución experimentada por el original movimiento nacional árabe, en particular, tras concluir la primera contienda mundial. Sin lograr madurar ni consolidarse orgánicamente, desde el primer momento el MNP se enfrentó a un destino cruzado no solo porque a semejanza de otros pueblos de la región pasó del dominio otomano al europeo (en este caso, británico), sino porque su territorio

fue al mismo tiempo prometido a un tercer actor, el movimiento sionista, para construir su propio Estado. En este duelo, las deficiencias estructurales de la sociedad palestina de la época se vieron reflejadas en su movimiento nacional y, en particular, en su élite política.

Las limitaciones del MNP para hacer frente a estos enormes desafíos y lograr, así, su objetivo quedaron expuestas a lo largo de todo este periodo. El MNP de entreguerras tuvo una vida muy corta al ser desmantelado después de que la sociedad palestina protagonizara una de las rebeliones anticoloniales más tempranas del siglo XX frente al Imperio británico entre 1936 y 1939. Esta debilidad y desarticulación del MNP, en un momento crucial de la historia política palestina, debido a la partición de su territorio y consiguiente limpieza étnica de su población en 1948, explicaría en buena medida el alcance de la devastación que siguió y marcó los designios de su sociedad a partir de entonces¹.

EMERGENCIA DEL NACIONALISMO EN ORIENTE PRÓXIMO: UN SALDO DEFICITARIO

La emergencia del nacionalismo en Oriente Próximo, como sucedía en otras latitudes del mundo colonizado o bajo el dominio de un Imperio transnacional como el otomano, no fue ajena a la interacción entre el espacio interior y exterior o entre los actores locales y foráneos. En esta creciente interacción, importantes sectores sociales de los pueblos de la región se hicieron gradualmente eco de las ideas nacionalistas que afloraban por toda Europa durante el siglo XIX. Sin olvidar que las mismas también eran alentadas instrumentalmente desde el exterior con objeto de minar el tambaleante Imperio otomano desde dentro. Fuera un caso u otro, el resultado por lo general era que se terminaba asumiendo las tendencias nacionalistas, con todos sus símbolos y literatura, como preámbulo de la articulación de un movimiento nacionalista en la movilización y consecución de un proyecto estatal de base nacional.

Si bien la mecha del nacionalismo había prendido primero en los dominios territoriales otomanos más occidentales o europeos, era solo cuestión de tiempo que su resonancia se extendiera a las provincias orientales o árabes. En esta tesitura, se produjo la emergencia del nacionalismo árabe *šamī* o, igualmente, de la región de *Bilād al-Šām* (Gran Siria), que comprendía las provincias árabes de lo que se terminaría conociendo poco después como Siria, Líbano, Transjordania y Palestina.

A semejanza de lo que sucedió en las homólogas provincias europeas, en las árabes las ideas nacionalistas fueron acogidas de manera gradual. Sin embargo su evolución fue algo diferente a la experimentada en las zonas europeas como mos-

1. Khalidi. *The Iron cage*, pp. 105-139.

tró el más temprano caso griego, con un mayor grado de conciencia nacional, más expuesto a la influencia de las corrientes de pensamiento político que circulaban por Europa y, también, a la ascendente preponderancia de las principales potencias europeas de la época. Por el contrario, en los dominios otomanos de Oriente Próximo registraron algunas peculiaridades que, de un modo u otro, atenuaron o ralentizaron la emergencia del nacionalismo hasta su vertebración orgánica a principios del siglo XX.

Lejos de popularizarse de la noche a la mañana, el nacionalismo tomó algún tiempo en extenderse en Oriente Próximo. En un primer momento se restringía a círculos sociales muy minoritarios hasta que con el paso del tiempo fue adquiriendo mayor eco social². Este proceso registró algunas dificultades como las derivadas de la mayor fortaleza de las identidades subestatales por encima o en detrimento de la potencial configuración de la identidad nacional. La obediencia a los vínculos familiares, tribales, étnicos y confesionales se mostró, en no pocos casos, mucho más sólida y fuerte que la lealtad a la emergente identidad panárabe, al igual que ocurriría más tarde con las instituciones estatales en la etapa postcolonial³. Estas pautas de comportamiento no eran exclusivas de la región árabe, pues se asemejaban a lo que sucedía en otras partes del mundo no occidental. A diferencia de las sociedades occidentales, que más tempranamente habían experimentado el proceso de modernización e individuación con la emergencia del sujeto individual⁴, en las configuraciones sociales más tradicionales se advertía cierta primacía de la identidad comunitaria sobre la construcción de la nacional. En ese contexto, las identidades tradicionales subnacionales gozaron de un mayor recorrido y arraigo, que no siempre lograron superar del todo la emergencia del nacionalismo y los movimientos nacionales en el mundo colonial⁵. Sin olvidar que en Oriente Próximo el sistema comunitario confesional de los *Millet*, predominante en el Imperio otomano (de autorregulación comunitaria de los asuntos civiles y confesionales: matrimonios, herencias, etc.)⁶, fue explotado por los poderes coloniales y, posteriormente, por los regímenes postcoloniales autoritarios en beneficio propio, reforzando esos vínculos subnacionales.

Con pautas no muy diferentes a las adoptadas en otras partes del mundo colonizado, estas fallas internas fueron objeto de manipulación y explotación por las potencias coloniales en su estrategia de “divide y vencerás”. Así quedó de mani-

2. Hourani. *Arabic thought*, pp. 260-323; Khalidi; Anderson; Muslih y Simon (eds.). *The origins of Arab*; Gershoni. “Rethinking the formation”, pp. 3-25; Dawisha. *Arab nationalism*, pp. 14-48.

3. Barakat. *The Arab world*.

4. Hussein. *Vertiente sur de la libertad*.

5. Migdal. *Strong societies*.

6. Gutiérrez de Terán. *Estado y confesión*.

fiesto en la región árabe mediante el cultivo de la lealtad de algunas minorías (étnicas, confesionales, tribales o familiares) a cambio de protección y ciertas prebendas otorgadas por esos mismos regímenes coloniales. En esta dinámica de cooptación y relación clientelar, Francia favoreció el ascenso político y socioeconómico de la comunidad maronita en el Líbano y de la alauí en Siria; y Gran Bretaña la judeo-sionista en Palestina, la de la familia Hachemí en Jordania y la de la minoría suní en Irak.

La instrumentalización interna de esas rupturas se prolongó durante la etapa postcolonial como sucedió en otras partes del denominado Tercer Mundo. Desde el poder autoritario se cultivó dichas diferencias en sintonía con la citada lógica de “divide y vencerás” de los precedentes poderes coloniales. La élite del poder se erigió como árbitro o juez de las diferencias y divisiones internas, además de protector paternal de las minorías y de la diversidad frente a una aplastante mayoría, percibida como una amenaza que busca imponer su dominio excluyente y hegemónico en términos políticos, económicos, sociales, culturales e incluso identitarios; o bien, por el contrario, dicha élite se alzó como garante de la mayoría y de la uniformidad, con la exclusión y negación de la diversidad al percibir a las minorías como potencialmente disgregadoras de la unidad nacional o acusarlas de quintacolumnistas al servicio de otros poderes regionales o internacionales.

Sea bajo un pretexto u otro, amparada en algunas minorías y preservación de la diversidad o, a la inversa, bien en la mayoría y salvaguardia de la unidad, ambas experiencias adolecen por igual del mismo déficit conceptual y democrático. Lejos de haber construido Estados de derecho, de toda la ciudadanía, independientemente de sus orígenes o identidades, se forjaron Estados neopatrimonialistas, con el consiguiente carácter autoritario y excluyente⁷. A modo de profecía que se cumple a sí misma, semejante tipo de Estados retroalimentó la desconfianza y la sectarización⁸. Al no crear instituciones integradoras e inclusivas, numerosos grupos sociales quedaron excluidos de unas instituciones que hasta hoy día no consideran ni sienten como suyas. Su exclusión y desamparo arroja a esos mismos individuos a situaciones extremas o de supervivencia; y, por tanto, propicia el retorno a las redes de solidaridad comunitarias o primigenias (étnica, confesional, tribal o familiar).

Unido a este retorno al ámbito comunitario, se sumaron numerosas décadas de lazos y lealtades en un entorno donde la formación de la identidad nacional y la institución estatal ha sido muy deficiente o débil. Como si se hubieran grabado en

7. Owen. *State, power and politics*; Martín Muñoz. *El Estado árabe*; Ayubi. *Política y sociedad*.

8. Hashemi y Postel (eds.). *Sectarianization*; Valbjorn e Hinnebusch. “Exploring the nexus”, pp. 2-22.

el ADN colectivo, estos vínculos comunitarios tienden a reflotar en situaciones de emergencia o derivadas de Estados fallidos. Así se ha puesto de manifiesto a lo largo de la historia contemporánea e incluso más recientemente en los conflictos registrados en Irak, Siria, Libia o Yemen. Sin embargo, esta imagen sería incompleta si no se advirtiera que los vínculos de parentesco y lealtades subnacionales o subestatales están igualmente presentes en situaciones de mayor normalidad. Incluso en algún caso han llegado a institucionalizarse hasta extremos tan neopatrimentalistas que el propio Estado ha sido denominado por el nombre de la familia o dinastía gobernante, como expresa el ejemplo de Arabia Saudí en referencia a la familia o Casa de Saud⁹.

En suma, la primacía de las identidades locales y comunitarias por encima de la identidad nacional o la institución estatal refleja uno de los mayores fracasos de la modernización política en la región. En una vuelta de tuerca de esta reflexión, algunos autores consideran que la situación de inestabilidad, crisis y conflictos que siguió tras la desmembración de algunos imperios como el otomano o, posteriormente, los coloniales en Oriente Próximo puede deberse no tanto al desmoronamiento de los Estados (o Estados fallidos) como a un proceso histórico mucho más largo y complejo, de formación de los Estados; y que son periodos que, por lo general, como recuerda la experiencia europea, suelen mostrarse especialmente turbulentos, agravado por las actuales influencias e intervenciones externas¹⁰. Con independencia de donde se sitúe el punto de inflexión o explicativo de la inestabilidad y conflictividad regional (en el proceso de formación de los Estados o bien en su fracaso), en el caso palestino no cabe albergar ninguna duda debido a la prolongada búsqueda de su propio Estado, unido a los conocidos avatares de expulsión, expropiación, exilio y ocupación.

ORÍGENES DEL NACIONALISMO PALESTINO

Los orígenes del MNP no difieren sustancialmente del movimiento nacional árabe de la región de *Bilād al-Šām*, integrada por las provincias árabes del Imperio otomano. En este espacio, desde la segunda mitad del siglo XIX se comenzaron a registrar toda una serie de cambios que terminaron afectando al conjunto del Imperio y, por extensión, a los territorios y poblaciones que dominaba en Oriente Próximo¹¹.

Dichos cambios venían propiciados, en buena medida, por las reformas (*Tanzīmāt*) que, con desigual éxito, adoptaron las autoridades otomanas para ha-

9. Al-Rasheed. *Historia de Arabia Saudí*; Ménoret. *Arabia Saudí*; Martín. *La Casa de Saud*; Herb. *All in the family*.

10. Münkler. *Viejas y nuevas guerras*, pp. 11-15.

11. Ma'oz. *Ottoman reform in Syria and Palestine, 1840-1861*.

cer frente a los desafíos externos e internos a los que se enfrentaban y, así, frenar su creciente retroceso en la escena regional e internacional; e intentar engancharse a la locomotora de la modernización. Desde el ámbito exterior Estambul sufría un creciente acoso de las potencias europeas que, valiéndose del régimen de capitulaciones, interferían en los asuntos internos de la Sublime Puerta. Sin olvidar el notable impacto del capitalismo en toda la región, que la relegaba a una posición gradualmente periférica y dependiente¹². A su vez, en el terrero interno, la mayor amenaza procedía de los emergentes movimientos nacionalistas que comenzaron a surgir en Grecia, Bulgaria y Armenia, entre otras zonas, produciéndose cierto eco o contagio entre los distintos grupos étnicos y confesionales que albergaba el extenso Imperio¹³.

En esta tesitura cabe destacar dos aspectos de la política otomana con las consiguientes repercusiones en las citadas provincias árabes. Uno, de corte político e ideológico, se asentaba en el carácter mayoritariamente musulmán del Imperio otomano y de la región de Oriente Próximo, donde la coincidencia confesional fue instrumentalizada por Estambul para proyectar una suerte de otomanismo (o nacionalismo otomano) revestido de panislamismo con la reedición del califato por el sultán ‘Abd al-Ḥamīd II. Y otro, de índole social y económica, se basaba en la cooptación de las élites locales mediante la mejora de su estatus en la administración otomana y en la esfera económica. Integrada por grandes propietarios, terratenientes y personalidades prominentes del ámbito urbano principalmente, este grupo social cumplía una función de intermediación entre la potencia dominante y la población local. Conocido como los notables, el rol que desempeñaron se prolongó hasta bien adentrado el siglo XX, alcanzando el periodo de entreguerras dominado por el sistema europeo de mandatos; y tomaron parte decisiva en la emergencia y orientación de los movimientos nacionalistas árabes en calidad de élite social, política y económica de la región de *Bilād al-Šām*¹⁴.

Pero el escaso éxito de la política otomanista, que buscaba frenar o al menos reconducir los efervescentes sentimientos nacionalistas mediante la manipulación confesional frente a las potencias europeas (identificadas como cristianas), se impuso una política represiva, de centralización y “turquificación” que, paradójicamente, provocó el efecto contrario al buscado: el alejamiento árabe de las proclamas del otomanismo con la consiguiente ampliación de la base social del incipiente nacionalismo árabe. Pese a que Estambul había logrado atenuar dichos sentimientos, recurriendo a la mencionada política otomanista, a la larga no pudo

12. Owen. *The Middle East in world economy*, pp. 153-179.

13. Rogan. *La caída de los otomanos*.

14. Houry. *Urban notables*.

evitar el creciente proceso de toma de conciencia nacional entre sus súbditos árabes. Desde finales del siglo XIX había comenzado a proliferar toda una serie de asociaciones secretas de corte nacionalista por buena parte de la región. Esta pauta manifestaba un creciente despertar de la conciencia nacional árabe que, si bien, en un primer momento, reivindicaba la autonomía árabe en el seno del Imperio otomano, la política centralizadora de Estambul solo contribuyó a acelerar las tendencias más centrífugas y nacionalistas. En consecuencia, se terminó pasando de demandar la autonomía a reclamar la independencia árabe.

En esta misma dinámica destacaba la interacción entre el ámbito político interno y el de las relaciones internacionales. Desde la segunda mitad del siglo XIX se producía una propensión hacia el despertar o renacimiento árabe, conocido con el término de *Nahḍa*. A semejanza de otras experiencias de la historia contemporánea, la creciente toma de conciencia nacional suele venir precedida por movimientos literarios e intelectuales, de reflexión e introspección sobre su propia historia, cultura e identidad, dejando una importante huella y legado que, en no pocas ocasiones, terminaron adquiriendo o propiciando el perfil de un movimiento sociopolítico de corte nacionalista¹⁵. Esta pauta de comportamiento no fue una excepción en el levante árabe. Tampoco fue del todo ajena a la influencia que pudieron ejercer otras experiencias de renacimiento cultural y nacional en el seno del Imperio, que señalaron un punto de inflexión en el proceso de emancipación nacional del dominio otomano.

En esta misma esfera de influencia, de toma de conciencia nacional, las instituciones educativas occidentales desempeñaron un rol muy notable. Si bien el origen de las misiones religiosas occidentales era —por definición— claramente confesional, pues agrupaba a numerosas congregaciones e iglesias cristianas de diferente obediencia (católicas y protestantes) y nacionalidades (británica, francesa, alemana, italiana y estadounidense, entre las más destacadas), las dificultades e incluso la prohibición otomana para practicar el proselitismo entre la población de mayoría musulmana obligaron a concentrarse en las minorías cristianas árabes, ofreciendo también sus servicios sanitarios y educativos. Repartidas en lo que en términos muy laxos se consideraba entonces Tierra Santa (Palestina, principalmente, además del entorno integrado por Siria y Líbano), las instituciones educativas que establecieron fueron ganando gradualmente prestigio y acogieron no solo al alumnado procedente de las minorías cristianas autóctonas, sino también, de manera creciente, al de la mayoría musulmana.

La reputación docente de la que gozaban contribuyó a rebasar cualquier tipo de barrera confesional o sectaria, al atraer a pupilos de otras confesiones por el

15. Antonius. *Arab awakening*.

nivel educativo que ofertaban, aparejado a su prestigio. Así, los hijos e hijas de las familias prominentes, fueran cristinas o musulmanas, recibían una educación bajo el claro influjo occidental y las ideas modernizadoras, entre las que destacaban las referidas a la nación e identidad nacional. En consecuencia, no fue casual que, pasado algún tiempo, parte de la nueva élite de estas sociedades se hubiera formado en centros docentes similares, que les permitía dominar su lengua, historia, cultura y, en suma, estar igualmente familiarizada con las principales corrientes políticas e ideológicas occidentales.

El caso de Palestina no fue muy diferente a la evolución experimentada por su entorno regional respecto a la toma de conciencia nacional y, en suma, a la emergencia del nacionalismo y de los movimientos nacionalistas¹⁶. Diferentes sectores sociales y personalidades palestinas participaron en la tendencia originalmente mayoritaria del nacionalismo árabe pansirio o *šamī*, e incluso en su movimiento nacional, hasta terminar evolucionando hacia la corriente que primaba los nacionalismos locales¹⁷. La sociedad palestina experimentaba al igual que las integrantes de la región del *Bilād al-Šām* una creciente inquietud y toma de conciencia nacional, expresada en la emergencia de asociaciones de la sociedad civil que reflexionaban sobre su historia, cultura e identidad, en la que se incubaba el nacionalismo. En este proceso surgieron algunas asociaciones cívicas como el Club Árabe, el Club Literario y la Asociación Cristiano-Musulmana, que tenían como denominador común la defensa de los derechos de la población nativa de Palestina frente a las ambiciones coloniales del movimiento sionista, amparadas por la principal potencia mundial de la época, Gran Bretaña. Este hecho otorgó al emergente MNP un carácter singular en medio de la eclosión nacionalista que experimentaba toda la región, pues desde su emergencia se tuvo que enfrentar a ese desafío crucial y existencial.

Una síntesis de este recorrido procede de algunos estudios clásicos sobre los orígenes del nacionalismo palestino como el de Muhammad Y. Muslih, que considera que dicho movimiento siguió un itinerario similar al de sus homólogos en la zona de *Bilād al-Šām*. En esta evolución, Muslih advierte cuatro etapas. Primera, de *otomanismo* (1856-1918), que representaba la política oficial de Estambul a la que se adhirieron en un primer momento las élites locales, integradas por notables que ocupaban puestos de cierta responsabilidad y relevancia en la administración otomana; defendían tanto su unidad como su carácter islámico frente a “la penetración política, económica y cultural de Europa”. Segunda, de *arabismo* (1908-1914), que compartía el objetivo central del otomanismo respecto a la de-

16. Ayyad. *Arab nationalism*.

17. Ruiz Bravo-Villasante. *La controversia ideológica*.

fensa de la civilización islámica y, en este caso, también árabe ante “las amenazas y ambiciones de Occidente”, al mismo tiempo que abogaba por cierta autonomía árabe dentro del Imperio frente a la política de centralización y turquificación del gobierno otomano. Tercera, de *nacionalismo árabe* (1914-1920), que reivindicaba la separación e independencia árabe del Imperio otomano con la formación de un Estado árabe en torno a la región de *Bilād al-Šām* (Gran Siria). Y cuarta, de *nacionalismo palestino* (1918-1920), que reflejaba esa mencionada evolución desde el nacionalismo panárabe (en este caso, pansirio) hacia los nacionalismos locales; y que, en el ámbito palestino, asumía como prioridad la independencia de Palestina. Ello, sin descartar, una vez asegurada aquella, una eventual unión con Siria, pues su principal preocupación estaba centrada en la amenaza del movimiento colonial sionista y su pretensión de implantar un Estado étnico (judío) en Palestina¹⁸.

Esta orientación, adquirida desde el primer momento por el MNP, ha llevado a más de un autor a calificarlo como un movimiento meramente reactivo ante la empresa colonial sionista¹⁹. Semejante afirmación parece ignorar el proceso descrito anteriormente, en el que las élites palestinas coprotagonizaron, junto con las libanesas y en particular las sirias, la formación e impulso del movimiento nacionalista árabe *šamī*, de “identidades superpuestas” pero no excluyentes²⁰. Por tanto, cabe concluir que la emergencia del nacionalismo palestino no debía su existencia al sionismo por mucho que este condicionara su agenda y posterior evolución. Por el contrario, estaba arraigado en la propia formación del movimiento nacionalista árabe emergente en la recta final del dominio otomano de la región de *Bilād al-Šām*. En consecuencia, como parte de este movimiento también registró sus derroteros, en concreto, siguió la división de las fronteras provinciales (o, en este caso, coloniales) y derivó hacia la tendencia de vertebrarse en los nacionalismos locales.

LA EMERGENCIA DEL MNP DURANTE EL PERIODO DE ENTREGUERRAS

Encuadrado en el incipiente movimiento nacionalista árabe, el nacionalismo palestino experimentó parecida evolución hacia los emergentes nacionalismos locales. Pero participar en esta tendencia regional no impidió que el MNP adoptase características propias, derivadas de las particularidades de su sociedad y agenda nacional, condicionadas por las ambiciones coloniales británicas y sionistas. Su vertebración durante el periodo de entreguerras no puede ser analizada sin

18. Muslih. *The origins*, pp.1-3.

19. Porath. *The emergence of the Palestinian*, pp. 8-9 y 304.

20. Khalidī. *Palestinian identity*, pp. 19-21.

tomar en consideración ese contexto regional y local. En ambos espacios, la interacción entre la política nacional e internacional estaba igualmente presente e incluso se expresó con más fuerza aún, si cabe, que en el periodo previo a la Primera Guerra Mundial. Si entonces el elemento exterior del dominio otomano predominaba sobre el ámbito interior, el sistema de mandatos europeo que le sucedió marcó buena parte del destino político de las sociedades dominadas durante dicho periodo. El caso más extremo y trágico fue el de Palestina, donde el Imperio británico propició su gradual transformación demográfica y geopolítica, legando un conflicto al conjunto de la región y a la sociedad internacional enquistado hasta hoy día en una suerte de colonialismo de asentamiento.

La desaparición del Imperio otomano y su dominio territorial en Oriente Próximo tras la Primera Guerra Mundial no produjo los efectos esperados por el incipiente movimiento nacionalista árabe. Por el contrario, el dominio colonial europeo reemplazó al otomano mediante el nuevo equilibrio de poder regional e internacional impuesto tras la Gran Guerra. Este nuevo orden mundial contó con el consiguiente respaldo jurídico y dominio político del Sistema de Mandatos instaurado por la Sociedad de Naciones. Así, en el artículo 22.4 del Tratado de Versalles, de 1919, se recogía que “Ciertas comunidades que antes pertenecían al Imperio otomano, han alcanzado tal grado de desarrollo que su existencia como naciones independientes puede ser reconocida provisoriamente a condición de que los consejos y la ayuda de un mandatario guíen su administración hasta el momento en que ellas sean capaces de manejarse solas”.

Mediante este tutelaje colonial, las potencias europeas, Gran Bretaña y Francia, rompían las promesas de independencia árabe que habían realizado a cambio de contar con el respaldo de los pueblos árabes contra el Imperio otomano durante la pasada guerra. Semejante contrapartida, consignada en lo que se conoció como la correspondencia Hussein-McMahon entre 1915 y 1916, jamás fue implementada, ni las grandes potencias europeas parecían haber tenido nunca la intención de cumplirla como se puso posteriormente de manifiesto al desvelarse los denominados acuerdos Sykes-Picot alcanzados por la diplomacia secreta franco-británica en 1916. Estos acuerdos negaban en privado lo que Londres y París habían afirmado en la diplomacia pública a los dirigentes árabes de entonces. En lugar de contribuir a la independencia árabe tras la conclusión de la guerra y la desaparición del Imperio otomano, dichas potencias se repartieron los dominios territoriales otomanos en Oriente Próximo bajo la cobertura del Sistema de Mandatos: Francia asumió el dominio mandatario sobre Siria y Líbano; mientras Gran Bretaña hizo lo mismo sobre Palestina, Transjordania e Irak.

Estas promesas contradictorias y defraudadoras marcaron un indudable punto de inflexión en la historia contemporánea de Oriente Próximo con la ascendente

penetración de las grandes potencias mundiales en este subsistema internacional. El aliento que habían otorgado al movimiento nacional árabe era claramente instrumental. Solo perseguía minar el Imperio otomano desde dentro con el apoyo de la población árabe y sus efervescentes movimientos nacionalistas. Aprovechando el generalizado descontento árabe con la política de centralización y turquificación de Estambul, Londres y París explotaron los crecientes sentimientos nacionalistas árabes para obtener su apoyo frente a la Sublime Puerta, o al menos tratar de neutralizar a las poblaciones y movimientos nacionalistas árabes durante la contienda mundial. Como señala Sari Nusseibeh, en una revisión de esta mitificada rebelión, es muy probable que algún día los propios historiadores árabes reconsideren estos acontecimientos y terminen “cuestionando si los dirigentes árabes de la época eran verdaderamente héroes nacionales o simples herramientas en manos de los Aliados”²¹.

Los hechos que siguieron despejan cualquier tipo de duda. Francia y Gran Bretaña se repartieron los dominios territoriales otomanos y dividieron la región mediante un trazado fronterizo que, sin grandes variaciones, originó el actual sistema interestatal árabe²². La excepción más importante fue Palestina. Dominada directamente por el Mandato británico a lo largo del periodo de entreguerras, la política británica preparó el terreno para su transformación demográfica y geopolítica en sintonía con el compromiso que había adquirido “el Gobierno de su Majestad” con el movimiento sionista. En Palestina Londres había ido mucho más lejos en sus planes coloniales que en el resto de la región. Con la Declaración Balfour, efectuada en 1917, no solo incumplía sus promesas acerca de la independencia árabe, sino que, además, y sin ningún tipo de autoridad, prometía el territorio palestino a un movimiento colonial europeo para que estableciera su propio Estado²³.

Esta actuación, de espaldas y en detrimento de los derechos que asistían a la población autóctona de Palestina, no pasó desapercibida entre su sociedad. Pronto se alzaron las voces de protestas contra la potencia mandataria, a la que conminaron a que renunciara al compromiso consignado en la mencionada Declaración, que llevaba el nombre de su entonces ministro de asuntos exteriores Arthur James Balfour y, por tanto, se pronunciaba en términos gubernamentales. Pero Londres no solo mantuvo el compromiso formulado al movimiento sionista, sino que incluso lo incorporó oficialmente a su política mandataria en Palestina.

21. Nusseibeh. *What is a Palestinian*, p. 27.

22. Halliday. *The Middle East*, p. 76.

23. Regan. *The Balfour Declaration*.

El Gobierno británico asumió como uno de sus principales objetivos políticos el compromiso adquirido con el movimiento sionista en 1917, mucho antes incluso de que Gran Bretaña asumiera la condición de potencia mandataria en Palestina en 1922. Este compromiso contradecía el propósito para el que se había articulado en teoría dicho Mandato: de conducir a la independencia a las comunidades que anteriormente habían estado bajo dominio del Imperio otomano. No era el caso del movimiento sionista surgido en Europa como otras decimonónicas empresas coloniales europeas, aunque sí del grueso de la población árabe y nativa de Palestina que constituía entonces más del 90 por ciento de la población y poseía en una proporción semejante la propiedad de la tierra.

Esta mayor presencia y pertenencia de la tierra a la población árabe-palestina no se correspondía con su poder, que era insignificante en comparación con el que poseía el movimiento sionista. La Agencia Judía ostentaba una notable influencia en la política del Mandato británico, pese a que representaba a menos del 10 por ciento de la población (inmigrante en su mayoría) y poseía una proporción significativamente menor de la tierra (incluso en el año de la partición, en 1947, no logró alcanzar el 7 por ciento). Su verdadero poder no descansaba tanto en su presencia (demográfica y propietaria) en Palestina como en las capitales de las grandes potencias mundiales de la época, en particular, en Londres; además de compartir similares intereses coloniales o prestarse a ser un instrumento del colonialismo europeo. Por el contrario, la sociedad palestina veía sus derechos nacionales ninguneados. Gran Bretaña solo aludía a los “derechos civiles” de la población “no-judía” en referencia al grueso de la población que habitaba entonces Palestina. Tampoco aceptó representación política palestina alguna ante el Mandato ni reconoció sus organizaciones políticas porque rechazaban el compromiso contraído por Londres en la Declaración Balfour, que negaba el derecho a la autodeterminación palestina.

ARTICULANDO LA ACCIÓN COLECTIVA

Las movilizaciones emprendidas por la sociedad palestina transitaron desde iniciales expresiones pacíficas de descontento hasta una creciente decepción, frustración y radicalización que, unido a episodios violentos de carácter intercomunitarios, derivó en una demostración colectiva de desobediencia civil y resistencia hasta concluir en una auténtica rebelión anticolonial entre 1936 y 1939.

Las primeras acciones de protestas buscaban que Gran Bretaña renunciara a asumir el compromiso de la Declaración Balfour en su Mandato en Palestina. Según el mencionado artículo 22.4, la misión del Mandato era guiar a la sociedad palestina hasta la emancipación nacional y no otorgar su tierra a un movimiento colonial para construir su “hogar nacional”; y menos aún a expensas de las aspi-

raciones y derechos nacionales palestinos que pasaban por la formación de su propio Estado. El conjunto de la sociedad palestina y su movimiento nacional centraron todos sus esfuerzos en frenar las ambiciones coloniales sionistas en Palestina, apadrinadas por la misma potencia que ahora ejercía el Mandato sobre su tierra.

Los hombres y mujeres de Palestina percibían en el proyecto sionista, con ese respaldo británico, una fundada amenaza a su existencia material y nacional en su propio suelo patrio. Aun así, las primeras acciones de protesta ante la potencia mandataria adoptaron un carácter eminentemente pacífico y testimonial. Las movilizaciones colectivas se articularon en toda una serie de manifestaciones públicas, congresos, proclamas, memorandos, manifiestos, cartas y entrevistas con los responsables políticos del Mandato; unido a las visitas de sucesivas delegaciones a la metrópoli gubernamental londinense. El amplio respaldo popular de estas acciones no logró frenar o disuadir la colonización sionista. A medida que pasaba el tiempo llegaban nuevas oleadas inmigratorias de judíos europeos. Paralelamente, la decepción y frustración palestina con la potencia mandataria se incrementaba.

En esta dinámica se produjeron una serie de incidentes violentos de carácter intercomunitario. La llegada masiva, continuada y ascendente de colonos europeos aumentaba el temor entre la población nativa. No se trataba de una operación humanitaria, de desplazamiento o acogida temporal de refugiados judíos procedentes de la turbulenta Europa de entreguerras²⁴. Otras oleadas habían llegado incluso antes de que se produjeran esas turbulencias, aunque en un número bastante inferior. Por el contrario, se percibía que ese arribo incesante de inmigrantes judíos (en particular, a partir de la segunda oleada inmigratoria entre 1904 y 1907) estaba asociado a un proyecto y comportamiento claramente coloniales. Así era advertido por la población autóctona de Palestina, que veía su existencia material y nacional amenazada por esa llegada masiva y creciente de colonos europeos: 4.075 en 1931, 9.553 en 1932, 30.327 en 1933, 42.359 en 1934 y 61.854 en 1935²⁵. Lejos de ser percibidos como genuinos refugiados o inmigrantes, eran considerados como parte esencial y demográfica de la colonia de asentamiento que se estaba fraguando.

El eslogan sionista de “una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra” ninguneaba e invisibilizaba la existencia de la comunidad nativa árabe-palestina. Los dirigentes sionistas no desconocían que Palestina estaba poblada por otro pueblo, solo que desde la altivez colonial europea de la época no consideraban a su po-

24. Forrester. *El crimen occidental*. Unos años más tarde, en julio de 1938, tuvo lugar la Conferencia de Evian para tratar la cuestión de los refugiados judíos en Europa; los 32 países participantes no se comprometieron a acoger ningún contingente.

25. Mattar. *The Mufti of Jerusalem*, p. 64.

blación autóctona como un colectivo objeto y sujeto de derechos nacionales. Su ideología compartía los presupuestos coloniales e imperialistas predominantes entonces, de la supremacía racial europea, ante los que las poblaciones nativas debían subordinarse, hacer sitio e incluso desplazarse en función de los propósitos de las potencias o empresas coloniales. Desde este prisma, no había nada *inmoral* en esos proyectos, revestidos siempre de misión civilizadora o de cualquier otra alta consideración que los nativos no alcanzaban a ver o valorar en su justa medida. Desde esta lógica, la población palestina fue percibida como un obstáculo para los planes coloniales del sionismo. De ahí las proclamas de sus dirigentes —como Ben Gurión— de transferir (*léase* expulsar) a la población autóctona²⁶, pues consideraban que ambos proyectos no tenían cabida en el mismo territorio, eran incompatibles e incluso estaban destinados a colisionar.

La política de tutelaje colonial de Gran Bretaña afectó de manera más temprana a unos determinados sectores de la sociedad nativa como los jornaleros y trabajadores palestinos, que eran gradualmente reemplazados por la mano de obra judía. Si bien el campesinado arrastraba desde finales del siglo XIX ciertas adversidades (malas cosechas, plagas, creciente fiscalidad) que propiciaron su endeudamiento y pauperización, la llegada del movimiento sionista complicó aún más las cosas a partir de entrado los años veinte y, en particular, los treinta del siglo XX. La transferencia de propiedad implicó en muchos casos la expulsión de los jornaleros, campesinos sin tierra y pastores, su desarraigo y su proletarianización precaria en las ciudades. Esta tendencia fue más común en la venta de grandes extensiones de tierras por los grandes latifundistas —absentistas, en muchos casos— al movimiento sionista.

A diferencia de un proyecto colonial clásico, de colonia de factoría y explotación, el que implementó el movimiento sionista en Palestina respondía a una concepción colonial de asentamiento y población. Su objetivo prioritario no era —como en las situaciones coloniales clásicas— explotar la mano de obra autóctona, sino reemplazarla por la foránea. No buscaba apoderarse de todas las potenciales riquezas que pudiera contener el país, sino apropiarse enteramente del país. En esta dinámica, se primaba la “mano de obra judía” y el “trabajo (o producto) judío” en su afán por construir una economía propia y separada de la palestina²⁷. Incluso se evitaba o sabotaba la movilización conjunta de trabajadores palestinos y judíos por parte de la principal organización sindical sionista, la organización judía del trabajo Histadrut, que se negaba a sindicarse a los trabajadores árabes-

26. Masalha. *La expulsión de los palestinos*, pp. 143-144 y 151-153.

27. Shafir. *Land, labor*.

palestinos; y coaccionaba a los “judíos del sindicato para que antepusiesen los intereses nacionales a los de solidaridad de clase”²⁸.

El proyecto colonial sionista en Palestina suponía una amenaza existencial para la comunidad autóctona, como advirtieron los primeros jornaleros y trabajadores palestinos que fueron paulatinamente reemplazados y desplazados por los nuevos colonos judíos del medio que constituía su principal y única fuente de sustento. La tierra de la que eran gradualmente desalojados proporcionaba tanto el medio de vida como la identidad, sumándose a esta amenaza material la identitaria. En apariencia el conflicto parecía reducirse a una competición laboral entre la mano de obra autóctona y la foránea, que afectaba principalmente al trabajo jornalero y asalariado en las grandes extensiones agrícolas de las planicies rurales y en las cada vez más activas ciudades palestinas del litoral como Haifa y Jaffa. Pero estos temores materiales y existenciales se extendieron al conjunto de su sociedad.

La economía palestina poseía una de las mejores condiciones y expectativas de su entorno por una combinación de factores: contaba con una importante mano de obra barata, con un campesinado en proceso de proletarización por su forzado desplazamiento desde las zonas rurales a las urbanas o bien porque buscaba nuevas oportunidades; registraba una creciente construcción de infraestructuras (carreteras, puentes, aeropuerto, líneas de teléfono, vías férreas, edificios, instalaciones militares y equipamientos en general); y, por último, era objeto de inversión y movimiento de capital manifestado en el creciente comercio exterior, la comercialización de la agricultura, la venta de tierras y el incremento de la renta urbana, entre otras expresiones²⁹.

Pese a ello, crecía el malestar entre los campesinos sin tierras y trabajadores urbanos por cuenta ajena ante el impacto del colonialismo de asentamiento sionista, que segregaba y excluía la mano de obra palestina. Esta rivalidad por el sustento ponía de manifiesto que el conflicto principal se extendía a la tierra, con una doble acepción: material (medio de vida) y simbólica (fuente de identidad). Para una sociedad de base agrícola y eminentemente tradicional como la palestina, la tierra era apreciada en esos términos, que se reforzaban mutuamente por la condición societaria mayoritariamente campesina. A semejanza de otras situaciones coloniales, de colonias de asentamiento o poblacional, en la que la población nativa percibía como una amenaza existencial la llegada masiva e incesante de colonos europeos, en Palestina se produjeron algunos choques violentos y puntuales, de corte intercomunitario, en 1920, 1921 y 1929. La desconfianza y resentimiento

28. Pappé. *Historia de la Palestina*, p.163.

29. Smith. *Palestine and the Palestinians*, pp. 51-57; Tyler. *State lands and rural*.

miento de la población autóctona hacia la foránea se incrementaba en la misma medida en que percibía esa creciente presencia como una intimidación a su forma de vida e incluso a su propia existencia en su suelo patrio. El principal temor era la de verse transformada en extranjera en su propia tierra. Así se recogía incluso en los informes que realizaron diversas y sucesivas comisiones de investigación que se trasladaron a Palestina para analizar y documentar, con fuentes de primera mano y sobre el terreno, los acontecimientos violentos de la época.

Como concluía la primera, la Comisión de investigación Palin sobre la cuestión de Palestina (1920), la frustración árabe se debía al incumplimiento británico con el compromiso de independencia; además del fundado temor de la población palestina ante el proyecto colonial sionista, que se veía reforzado por el gradual incremento del número de colonos judíos; y, en particular, por la política de connivencia del Mandato británico asumida en la Declaración Balfour, claramente opuesta al derecho a la autodeterminación palestina. Otras comisiones de investigación, como las encabezadas por sir Walter Shaw en marzo de 1930 y por sir John Hope-Simpson en agosto del mismo año, fueron aún más lejos en sus recomendaciones al abogar por la limitación de la inmigración judía y la venta de tierras. Así quedó recogido en el Libro Blanco de Passfield que, en octubre de 1930, recomendó suspender la inmigración judía. La buena acogida árabe a estas recomendaciones contrastaron con el rechazo del movimiento sionista, mejor organizado y con mayor capacidad de presión en Londres que, junto a las protestas de la oposición conservadora británica, llevaron meses después a que, en 1931, el primer ministro MacDonald se distanciase de dichas recomendaciones y, en su lugar, reafirmarse nuevamente el compromiso británico con el proyecto colonial sionista en Palestina³⁰.

EL LIDERAZGO PALESTINO DE ENTREGUERRAS

La creciente decepción de la población palestina fue proporcional a la gradual implantación colonial sionista bajo el Mandato británico. Semejante frustración se incrementaba también por la incapacidad de las continuas reivindicaciones y movilizaciones para revertir esta tendencia colonizadora; y que se expresó en los choques violentos de 1920, 1921 y 1929 hasta derivar en la rebelión anticolonial desde 1936 hasta 1939.

Este creciente proceso de radicalización no fue del todo ajeno a la inoperancia mostrada por el liderazgo palestino de entonces, dividido en estériles rivalidades personales, familiares, clánicas y elitistas³¹. En la sociedad palestina, fuertemente

30. Naciones Unidas. *Orígenes y evolución*; Krämer: *Historia de Palestina*, pp. 226-229.

31. Khalaf. *Politics in Palestine*.

tradicional, las relaciones sociales estaban mediatizadas por los vínculos familiares y la dependencia personal. En la cúspide de esta jerarquía predominan las personalidades de las grandes familias residentes en la urbe, desde donde dominaban el campo, sus propiedades y relaciones clientelares en las zonas tanto rurales como urbanas.

Como poder colonial, Gran Bretaña tomaba el testigo del Imperio otomano en Palestina, donde buscaba una “clase compradora” que intermediara entre la potencia colonial y la población autóctona para facilitar su dominio. Integrada por los denominados notables, esta élite reunía dos condiciones imprescindibles para cumplir la función intermediadora: tenía acceso a la autoridad de turno (otomana primero y, luego, mandataria: británica o francesa), que les permitía actuar como líderes locales; y poseía su propia esfera de poder social de manera independiente de la autoridad central, con el atractivo y rentabilidad que tenía para esta. Pero esa posición de intermediación también entrañaba algunos riesgos, los notables no podían ser percibidos como meras correas de transmisión de la autoridad central, ni tampoco podían desafiar dicha autoridad hasta el extremo de ser privados de su acceso a la misma³².

En consecuencia, los notables defendían el orden social y velaban por el mantenimiento de la estabilidad política en connivencia con el gobierno metropolitano, debido a que ese *statu quo* favorecía y preservaba su posición social de poder e influencia. De aquí las formas de actuación política que adoptaron, de acomodo a las reglas de juego impuestas por la potencia mandataria, e incluso de cierta complicidad para contener y moderar las acciones de protesta y rechazo de la política colonial británica. Este doble y contradictorio rol de la clase dirigente explica su manifiesta incapacidad y, en buena media, fracaso. En particular, porque desempeñaron muy bien su función de “mediar, moderar y atemperar <<hacia abajo>>”, pero a la inversa, “<<hacia arriba>>”, tuvieron serias dificultades porque “carecían de medios eficaces de influencia y presión” para “obligar a los británicos o a los sionistas a hacer concesiones”³³.

En este cometido, Gran Bretaña construyó una institución previamente inexistente como el Consejo Supremo Musulmán y, de modo semejante, creó la figura del Gran Muftí de Palestina³⁴. El establecimiento de esta línea de división confesional respondía a una evidente pauta del colonialismo europeo, que jugaba con las potenciales fracturas o rupturas políticas (*cleavages*) de la sociedad colonizada, explotando esas diferencias y, por tanto, su división³⁵. El censo británico de la

32. Hourani. “Ottoman reform”, pp. 41-68; Mattar. *The Mufti of Jerusalem*, pp. 1-3.

33. Krämer. *Historia de Palestina*, p. 197.

34. Roberts. *Islam under the Palestine*.

35. Schneider. *Mandatory separation*.

población que habitaba Palestina se estableció sobre la clasificación religiosa en lugar de la nacional, sin diferenciar a la población autóctona de la inmigrante (véase Tabla I). Este vínculo de segmentación confesional asociaba el grueso de la población palestina a la confesión islámica; y, en efecto, así ocurría, pues la mayoría de la población profesaba dicha confesión. Pero no era menos cierto que en la población palestina existía una importante minoría cristiana (ortodoxa, católica, melquita, armenia ortodoxa, siríaco ortodoxa, maronita, luterana, anglicana, copta, armenia católica y siríaco católica)³⁶. Sin olvidar que las comunidades judías establecidas en Palestina, antes de la inmigración sionista, eran consideradas como partes de la población palestina³⁷.

Tabla I: Evolución de la población de Palestina durante el Mandato británico³⁸

Religión	Musulmanes	Judíos	Cristianos	Otros	Total
1922	589.177	83.790	71.464	7.617	752.048
1931	759.700	174.606	88.907	10.101	1.033.314
1944	1.061.277	528.702	135.547	14.098	1.739.624

La opción británica de clasificar a la población palestina por criterios confesionales y comunitarios no era inocente, buscaba socavar sus fundamentos nacionales y nacionalistas. La política británica en Palestina había incorporado en su agenda el compromiso de la Declaración Balfour, apoyando y facilitando la construcción de instituciones nacionales y protoestatales que lideraba el movimiento sionista, al mismo tiempo que negaba el derecho a la autodeterminación de la población autóctona y mayoritaria de Palestina con objeto de favorecer ese ejercicio a la comunidad minoritaria, inmigrante y foránea. La exigencia británica de que la población árabe-palestina aceptara los términos del Mandato, que asumía el propósito de la Declaración Balfour, equivalía a negar los derechos nacionales palestinos para favorecer las ambiciones coloniales de la minoría judía. En consecuencia, Londres se oponía a cualquier tipo de gobierno que surgiera y se rigiera por los criterios y voluntad de la mayoría de la población, siguiendo reglas de juego más democráticas, ajustadas o proporcionales con la realidad social y demográfica

36. Haiduc-Dale. *Arab Christians*.

37. A mediados del siglo XIX la población de Palestina ascendía solo a 350.000 habitantes, el 85 por ciento eran musulmanes, el 11 por ciento cristianos y solo el 4 por ciento judíos. A comienzos de 1880 la población total se había incrementado en un tercio, en unas 470.000 personas, las de confesión judía habían pasado de 4 al 5 por ciento. Schölch. *Palestine in transformation*, pp. 284-285; Grossman. *Rural Arab demography*.

38. Datos tomados del censo británico en Palestina, Anglo-American Committee of Inquiry. *A survey of Palestine*, p. 140.

ca. Esta oposición a un sistema democrático era compartida —e incluso alentada— por los dirigentes sionistas³⁹.

A diferencia del trato privilegiado que dispensó al movimiento sionista, Gran Bretaña nunca reconoció oficialmente al MNP, tampoco aceptó su representatividad ni le otorgó legitimidad alguna, mucho menos aún fomentó la institucionalización estatal palestina. Por el contrario, el Mandato promovió las mencionadas instituciones islámicas, con relaciones de patronazgo (corte de la *šarī'a* y redes caritativas) y control de los bienes públicos religiosos (administración de los santos lugares e ingresos de los *Awqāf* fundaciones religiosas), buscando propiciar cierto status o prestigio a modo de cooptación de la élite palestina; e intentó vaciar de todo contenido nacional a la comunidad árabe palestina y, en su lugar, proyectar la divisoria confesional y sectaria. Semejante entramado era en realidad un poder meramente simbólico, vacío de toda sustancia o efectividad⁴⁰. Estos recursos e instituciones se alejaban de lo que, en teoría, debía haber sido la función del Mandato: guiar, aconsejar y ayudar a la administración del país bajo su tutela hasta conducirlo a la independencia.

Ejemplo evidente de esta limitación de poder era que las personalidades notables cooptadas y que asumían cargos en la administración religiosa o civil del Mandato británico veían su margen de maniobra muy reducido, pues no podían oponerse de manera frontal a la política mandataria a pesar de que rechazaban el compromiso británico con el proyecto colonial sionista y su negación de los derechos nacionales palestinos. Como señala el historiador Rashid Khalidī, el apoyo del Mandato al Muftí, en la persona del Ḥayy Amīn al-Ḥusaynī, se hizo en detrimento del nacionalista Comité Ejecutivo del Congreso Árabe-Palestino⁴¹, presidido por Mūsā Kāzīm al-Ḥusaynī, destituido como alcalde de Jerusalén después los disturbios de Nabi Musa en 1920. Además de tratar de introducir la rivalidad y la división entre una de las más extensas y notables familias jerosolimitanas (Amīn y Kāzīm eran primos), Gran Bretaña buscaba cooptar una élite acomodaticia a su política, más ingenua o dócil, que neutralizara al liderazgo más crítico ante la connivencia británica con el sionismo en detrimento de la autodeterminación palestina⁴².

A los dirigentes palestinos que colaboraban con el Mandato no se les otorgaba ningún poder real, ni se preparaba la emancipación nacional palestina con la construcción de una infraestructura estatal. Con la creación de las mencionadas

39. Kayyali, *Palestine*, p. 52.

40. Banko. *The invention of Palestinian*.

41. A lo largo de estos años, desde 1919 a 1934, se celebraron siete Congresos. Khalidī. *Antes de su diáspora*, pp. 89-91; Matthews. *Confronting an Empire*.

42. Khalidī. *The iron cage*, pp. 56-60.

instituciones islámicas, la política colonial británica, de larga experiencia en el fomento de problemas étnicos o confesionales donde no existían o en su explotación donde estaban latentes, distorsionaba y alejaba el objetivo fundamental de la construcción estatal palestina. El Mandato buscaba neutralizar al MNP, cooptar al liderazgo más tradicional, conservador y moderado, con mayor predisposición al alcanzar algún tipo de compromiso con Gran Bretaña que, a su vez, contrapesara, contuviera o marginara a los sectores más modernos, enérgicos y nacionalistas, con una visión más asertiva y crítica de la situación. Londres intentaba, así, atenuar y postergar una temida contestación política generalizada a su mandato, cooptando una élite local que cooperara en la moderación y pacificación de la sociedad palestina, sin requerir de un despliegue militar significativo.

La sociedad palestina poseía un carácter claramente tradicional, en la que el liderazgo político respondía a pautas asentadas en lo que el sociólogo Max Weber denominó como autoridad tradicional. Algunas familias prominentes actuaban como “organizaciones políticas informales” antes (e incluso en cierta medida después) de la emergencia del MNP y de los partidos políticos. Los Husseini, toda una dinastía, ejercieron una considerable influencia en la historia política de Palestina “durante unos 250 años”⁴³. No muy diferente a las sociedades árabes de su entorno, la palestina estaba integrada en su cúpula por grandes latifundistas y familias notables cuyos miembros ocupaban posiciones en la administración civil y religiosa desde la era otomana hasta la británica. El escalafón intermedio estaba formado por comerciantes o burguesía comercial, pequeños industriales, artesanos y una floreciente élite profesional, mientras que en la base de la estructura social se situaba la gran masa de campesinos, jornaleros y asalariados⁴⁴.

Entre las consideraciones de los notables a la hora de articular las demandas políticas de su comunidad estaba también la de mantener su posición como clase dirigente. Su poder descansaba de manera contradictoria entre la potencia colonial y el de su base social o comunitaria. Heredera de la etapa otomana, su fuente de legitimidad era doble: desde el ámbito exterior provenía del reconocimiento otorgado por la potencia mandataria como interlocutores de la comunidad árabe-palestina; y desde el interior procedía de su propia sociedad, en la que ocupaba el vértice de su estructural social, económica y política.

Dado su rol de intermediación, la dirección política palestina no podía forzar demasiado sus exigencias ante el poder colonial, ni tampoco permanecer pasiva ante su sociedad. Un terreno intermedio fue el *modus operandi* adoptado, de acciones de protesta y presión comedidas durante la primera etapa. Pese a las ten-

43. Pappé. *The rise and fall*, pp. 7-9.

44. Smith. *Palestine and the Palestinians*, pp.17-37.

siones y desencuentros con la potencia mandataria, la élite de notables primaba el diálogo y las negociaciones, confiaba que manteniéndose en esta línea de actuación, ejerciendo una presión moderada, educada o caballerosa, lograría persuadir a Gran Bretaña para que reconsiderara su política. Pero esta contradictoria dinámica resultó a medio y largo plazo insostenible; terminó por resquebrajarse al agudizarse el conflicto entre las demandas nacionales de la población autóctona y las ambiciones coloniales foráneas. La situación se hizo inadmisiblemente al multiplicarse el número de colonos judíos e incrementarse el empoderamiento del movimiento sionista en Palestina, engrosado por una creciente comunidad, economía propia, organizaciones políticas y paramilitares, e instituciones que, en su conjunto, configuraban un aparato paraestatal judeo-sionista dentro del Mandato. Sin olvidar la posición británica que, lejos de su aparente rol imparcial, estaba implicada con el movimiento sionista.

SOCIEDAD CIVIL, FRUSTRACIÓN POLÍTICA Y REBELIÓN ANTICOLONIAL

En contraste con el florecimiento y consolidación del *Yishuv* (comunidad judía en Palestina), la sociedad palestina no había logrado crear instituciones paraestatales equivalentes, con un poder centralizado y cohesionado. Su capacidad de movilización estaba seriamente condicionada por la carencia de una estructura de poder u organización política amplia y sólida, con una dirección política unificada en la toma de decisiones, criterios estratégicos y tácticos.

Entre finales de los años veinte y principios de los treinta del siglo XX, la sociedad palestina experimentaba un sustancial incremento del asociacionismo. Ejemplo de esta efervescencia sociopolítica fue la celebración del Congreso de las Mujeres Árabes en Jerusalén, en 1929. La gradual incorporación de las mujeres a la escena pública y colectiva, pese a su todavía limitado número, era un indicador de los cambios sociales que se estaban produciendo en un medio social de fuertes valores patriarcales⁴⁵. En este mismo entorno, donde el grueso de los miembros de la élite política eran varones de edad avanzada, se celebró el primer Congreso Nacional de la Juventud Árabe en Jaffa, en 1932; y, de igual modo, movimientos como el escultismo, que había sido introducido por los británicos, asumieron el ideario nacionalista⁴⁶.

En esta dinámica se registró la creación de varios partidos políticos, entre los que el *Istiqlāl* (Partido de la Independencia Árabe), en 1932, destacó por situarse fuera de la esfera de influencia de las grandes familias, los notables y el Muftí. Otros partidos homólogos se crearon por fecha semejante con un claro vínculo

45. Peteet. *Gender in crisis*: Gijón Mendigutía. *Historia del movimiento*.

46. Krämer. *Historia de Palestina*, pp. 247-249.

con las personalidades de las familias más prominentes de Jerusalén: el Partido de la Defensa Nacional, en 1934, vinculado a los Našāšībī; el Partido Palestino Árabe, en 1935, ligado a los Ḥusaynī, con su correspondiente sección juvenil fundada en 1936, denominada *Firaq al-Šabāb* y luego *al-Futuwwa*; y el Partido de la Reforma Árabe, en 1935, afín a la familia Jālidī. Sin olvidar el Partido Comunista Palestino, fundado en 1922, pese a que la inmensa mayoría de sus miembros eran judíos y su dirección política lo era de manera exclusiva, pauta que fue cambiando a partir de 1929, aunque su implantación en el medio palestino se limitaba a algunos sectores urbanos⁴⁷.

Este predominio de partidos de notables, vinculados a personalidades y familias prominentes, expresaba la cultura política dominante en la sociedad palestina: tradicional, localista y personalista, muy propia de sociedades que todavía no habían experimentado una significativa modernización política⁴⁸. Ejemplo elocuente de esta personalización de las organizaciones políticas fue que el denominado Comité Ejecutivo (del Congreso Árabe-Palestino) se disolvió tras la muerte de su presidente Mūsā Kāzim al-Ḥusaynī en 1934, ocupando ese vacío la mencionada formación de los partidos políticos durante esos años⁴⁹.

Esta personalización del poder y fragmentación colectiva impidieron la vertebración de una plataforma aglutinadora y movilizadora de las demandas nacionalistas. El desaparecido Comité Ejecutivo, que potencialmente era la principal estructura organizativa nacionalista hasta entonces para agrupar y sumar todas las sensibilidades, no logró rebasar las estrechas limitaciones de una concepción férreamente vertical, centralista, personalista, autocrática y elitista, que se mostró igualmente débil. Por su parte, el *Istiqlāl* tampoco logró proyectar su potencial político en un poder real, pese a que representaba una alternativa y desafío organizativo al liderazgo tradicional del Comité Ejecutivo y, en particular, del Muftí, concebidos respectivamente como “moderado” e “ineficaz”. Sus propuestas eran más firmes y asertivas al oponerse no solo al movimiento sionista, sino también al propio Mandato británico, exigiendo su desmantelamiento y reemplazo por “un gobierno parlamentario en Palestina”. Pese a la simpatía que suscitó, este nuevo partido también adoleció de importantes deficiencias: carencia de una maquinaria política, organizaciones de base, prensa de apoyo y recursos económicos. En contraposición, la esfera de influencia del Muftí abarcaba instituciones como la Corte

47. *Idem*, pp. 249-252.

48. Dowse y Hughes. *Sociología política*, pp. 282-287; Bill y Springborg. *Politics in the Middle East*.

49. Lesch. “The Palestinian Arab”, p. 34.

de la *Šarī'a*, el *Waqf*, asociaciones de beneficencia, redes clientelares y cierto liderazgo político y religioso⁵⁰.

En suma, pese a que se presentaban todas las condiciones (una inmensa mayoría social descontenta con la política mandataria y amenazada en su existencia material e identitaria por el proyecto colonial sionista), no se articuló una movilización de recursos organizativos, comunicativos y estratégicos a la altura de las circunstancias y desafíos. A diferencia de lo que sucedería en otros países colonizados donde los movimientos de liberación nacional cosecharon mayor éxito, el fracaso del MNP de entreguerras se debió no solo a la superioridad del poder de Gran Bretaña y el movimiento sionista, sino también a su propia fragmentación, debilidad e incapacidad para agregar intereses, crear oportunidades y movilizar todos los potenciales recursos sociopolíticos a su alcance⁵¹.

A estas insuficiencias se sumaban unos desafíos de mayor complejidad que los que enfrentaban otros países del entorno, donde el conflicto se reducía por lo general solo a dos actores, las potencias mandatarias y los movimientos nacionalistas, en torno a las cuotas de poder, autogobierno y, de manera creciente, el acceso a la independencia nacional. No era el caso de Palestina donde Gran Bretaña había asumido la condición de potencia mandataria, con un gobierno directo impuesto en la Conferencia de San Remo en 1920⁵²; y donde previamente había comprometido el territorio palestino a un tercer actor, al que facilitó importantes cuotas de poder, autogobierno e instituciones durante su mandato.

Unido a la frustración que producía las crecientes expectativas de alcanzar la independencia nacional por los países del entorno, el agravio comparativo en Palestina se incrementaba por el reiterado compromiso británico con el proyecto sionista. Londres rechazó la propuesta de Alto Comisionado británico, sir Arthur Wauchope, realizada en diciembre de 1935, de convocar un Consejo Legislativo siguiendo las recomendaciones del Libro Blanco de Passfield (1930). En este Consejo estaría representada la población musulmana, cristiana y judía, adoptando las líneas de división confesional introducidas por el colonialismo británico; y teóricamente dicho Consejo tendría capacidad para regular la inmigración y la compra-venta de tierras. Pero siguiendo la lógica colonial, cualquier espacio de representación de la población local, aunque incluyera también a la foránea e inmigrante, era sistemáticamente rechazado. Sin olvidar, en esta acumulación de agravios, la creciente presencia y fortaleza colonial sionista, con un incremento notable de la inmigración judía (en 1935 alcanzó la cifra de 62.000 personas), la

50. Mattar. *The Mufti of Jerusalem*, pp. 65-67.

51. Khalaf. *Politics in Palestine*, pp. 236-239.

52. Kimmerling y Migdal. *Palestinians*, pp. 77-79.

compra de tierras (llegó hasta 73.000 *dunam*⁵³) y la importación de armas, que rebasó cualquier otro precedente conocido hasta entonces⁵⁴.

En esta tesitura se produjo una de las respuestas más contundentes de la sociedad palestina, con el seguimiento de una huelga general en 1936 que, prolongada durante unos seis meses, derivó en una rebelión anticolonial hasta concluir dramáticamente en 1939. La frustración de las expectativas de emancipación nacional, unido a la decepcionante política colonial británica y su carácter gradualmente represivo, contribuyeron a explicar la deriva que adoptó esta movilización colectiva. Hasta entonces, los notables habían cumplido su función como clase compradora para mantener la calma y la moderación ante la política mandataria, pero no pudieron por más tiempo contener el generalizado descontento sociopolítico.

No del todo ajeno a esta explicación fue el ensanchamiento que registró la base social del nacionalismo palestino, que reflejaba los intensos cambios sociales y económicos que experimentaba su sociedad. La movilidad social estaba presidida por el proceso de proletarización, reforzado por el desplazamiento de jornaleros, campesinos sin tierras y arrendatarios en los territorios adquiridos por el movimiento sionista; y también por el auge de la burguesía con la emergencia de “una clase de importadores y exportadores, intermediarios, mayoristas, agentes de comisiones, corredores y pequeños industriales” que, a su vez, se beneficiaban del aumento del “comercio exterior, la comercialización de la agricultura, la venta de tierras y la subida de los alquileres urbanos”⁵⁵.

No menos importante fue la continua expansión de la educación, con foros formales e informales de comunicación e información, que contribuían a divulgar el nacionalismo; así como la creación de infraestructuras (red de ferrocarriles, carreteras y apertura del aeropuerto en al-Ludd/Lidda en 1937), incremento de los medios de transporte (“camiones, autobuses, taxis, motocicletas y automóviles”), servicios de comunicaciones (aumento de la red postal, telegráfica, telefonía pública y, desde 1936, emisión de “Radio Palestina”), junto a una creciente urbanización. Este dinamismo reflejaba la efervescencia de la sociedad civil palestina, recogida por Krämer:

“A mediados de la década de 1930 existían, además de los partidos y las agrupaciones políticas, clubes y sociedades de la más diversa índole —asociaciones benéficas, agrupaciones femeninas, colegios de abogados, cámaras de comercio, sindicatos, uniones deportivas, sobre todo los clubes de fútbol, *boy scouts*, la Asociación de Hombres Jó-

53. Cada *dunam* o *donum* equivalía a 1000 metros cuadrados.

54. Krämer. *Historia de Palestina*. pp. 257-258

55. Smith. *Palestine and the Palestinians*, p. 56.

venes Musulmanes, diversos clubes de la juventud cristiana, etc.— que podían llevar a cabo de uno u otro modo alguna actividad de carácter político sin dedicarse predominantemente a la política. Junto a una prensa vivaz en lengua árabe, no financiada totalmente por personas, familias o partidos determinados y, por tanto, independiente, había, al menos en las grandes ciudades, cines y teatros que, al igual que entre la población judía, podían generar un clima favorable a la causa nacional. Paso a paso había surgido, por lo menos en el medio urbano, eso que hoy se denomina <<sociedad civil>>, que en aquellos momentos tenía unas posibilidades de organización e intercambio muy distintas de las de la época de la Primera Guerra Mundial⁵⁶.

A su vez, las clases más populares, integradas por campesinos, jornaleros y trabajadores principalmente, adquirieron un mayor protagonismo, acompañadas por el ascenso político de la élite más joven, nacionalista y asertiva. Ambos grupos integraban las organizaciones de base, fuera de la órbita de influencia y control de la más vieja y tradicional élite de notables, a la que por momentos relegaron a un segundo plano sin reemplazarla del todo. Estos grupos emergentes fueron los principales protagonistas de la rebelión anticolonial de 1936-1939. Así se recoge en figuras combatientes de la época como ‘Abd al-Qādir al-Ḥusaynī (1907-1948) y la más temprana asociada al reformismo musulmán o proto-islam político de ‘Izz al-Dīn al-Qāsim (1882-1935), que lideró una experiencia insurreccional en el norte del país entre 1931 y 1935, preámbulo de la de 1936-1939. Su base social era la inmigración rural árabe a Haifa, de campesinos proletarizados y empobrecidos⁵⁷. Ambos fueron considerados personajes legendarios por el reemergente nacionalismo palestino de los años sesenta.

En opinión de algunos autores, cuando el liderazgo de un movimiento de resistencia se desliza de las manos de la burguesía y clases medias hacia otras inferiores, existe una mayor tendencia a que dicho movimiento adquiera una impronta más radical y violenta, en particular, “cuando las tensiones étnicas coinciden con tensiones estructurales” o, igualmente, “cuando el enemigo étnico se presenta como enemigo de clase”⁵⁸. Fuera este el caso o no en la rebelión anticolonial palestina de 1936-1939, lo cierto es que no se comprendería la misma sin esa participación de las clases populares, que agrupaba desde trabajadores urbanos hasta jornaleros y campesinos, con una implicación de las mujeres urbanas y en particular de las rurales.

Esta transformación en la base social del nacionalismo palestino de la época implicó también un cambio en el modelo de comportamiento sostenido hasta en-

56. Krämer. *Historia de Palestina*, p. 259.

57. Swedenburg, “The role of Palestinian peasantry”, pp.169-203.

58. Waldmann. *Radicalismo étnico*, pp. 26-27.

tonces por la élite tradicional. Su paradigma participaba de una cultura política personalista y extremadamente elitista, renuente a toda participación y movilización popular que no fuera dictada y controlada desde el centro a la periferia o desde arriba hacia abajo. Poseía, además, una concepción autoritaria y patrimonialista del poder, que veía en las organizaciones políticas un instrumento de ascenso personal, social o familiar, lejos de su función articuladora y defensora de las demandas ciudadanas. Por tanto, percibía con temor la efervescencia de la sociedad civil, con su creciente entramado asociativo y movilizador, que agrupaba y otorgaba mayor voz y protagonismo a nuevos sectores sociales mantenidos hasta entonces al margen o excluidos de su visión elitista. Su mayor recelo procedía del liderazgo emergente, más joven y moderno, pese a compartir unos orígenes sociales semejantes.

Por su parte, la nueva élite partía de unos presupuestos políticos significativamente diferentes. El grueso de sus miembros procedía de las clases medias y profesionales, muy vinculado al tejido asociativo de su sociedad civil, vertebrado en la militancia en el conjunto del MNP, sindicatos, asociaciones profesionales y juveniles; además de organizaciones partidistas como el referido *Istiqlāl*, entre otras. Menos dada a dejarse cooptar, a la corrupción y el maniobrerismo, era partidaria de una mayor participación popular y movilización social e incluso de ejercer una política de mayor presión y confrontación con la potencia colonial, de suspender la cooperación con las autoridades mandatarias, desobedecer sus leyes e incluso boicotearlas.

Más cercana y conectada con las bases sociales, el liderazgo emergente compartía el malestar de su sociedad no solo con Gran Bretaña y el movimiento sionista, sino también con la ineptitud e ineficacia de los viejos dirigentes. Semejante descontento no hizo más que aumentar a finales de los años veinte y principio de los treinta hasta desembocar en la revuelta anticolonial de 1936-1939. Esta evolución del MNP, de creciente reconfiguración de sus bases sociales y liderazgo emergente, con una política más asertiva y combatiente, inquietó a la élite tradicional y, también, al Mandato británico y al movimiento sionista.

Fue en este contexto, de enormes desafíos e importantes cambios sociales, en el que se produjo la mayor movilización colectiva palestina del periodo de entre-guerras. Se trató de un proceso asimétrico, pues mientras las amenazas materiales e identitarias seguían cerniéndose sobre la sociedad palestina, los cambios sociales y políticos en el seno de la misma no terminaron de consolidarse. Pese a los enormes esfuerzos y sacrificios desplegados, este déficit se puso de manifiesto en las debilidades de la rebelión anticolonial: las fuerzas rebeldes se presentaron fragmentadas en la organización y descoordinadas en la acción, registrándose in-

cluso cierta rivalidad entre los líderes regionales por la personalización del poder que arrastraba el MNP.

Iniciada como una campaña de desobediencia civil, de huelga y boicot de la administración, servicios y productos británicos (y también sionistas), que transcurrió desde abril a noviembre de 1936, estuvo coordinada por el Alto Comité Árabe creado por esas mismas fechas con la adhesión de los diferentes partidos políticos palestinos. Dicho Comité fue presidido por el Muftí, que siguió desempeñando un rol contradictorio, por una parte quería asumir el liderazgo del MNP, y por otra era partidario de limitar el impacto y alcance de la huelga, pues temía que pudiera derivar en una revuelta generalizada y violenta como finalmente sucedió, con el riesgo añadido de quedar relegado a un segundo plano. Con los altibajos propios de este tipo de acción, la propia represión británica y, en particular, la propuesta de partición del territorio palestino sugerida por la Comisión Peel en el verano de 1937 contribuyeron a retroalimentar la radicalización y expansión del levantamiento. Gran Bretaña reaccionó con la proscripción del Alto Comité Árabe, encarceló y/o deportó a sus miembros; y puso fin así, definitivamente, a la política de cooptación y colaboración con los notables que mantenía desde su emplazo del dominio otomano en Palestina.

La insurgencia palestina desafió al Mandato británico hasta el extremo de que las tropas británicas perdieron el control de una parte importante del territorio. Junto a las zonas rurales, la mayoría de las ciudades estaban por intervalos en manos rebeldes en el momento álgido de la rebelión, en 1938, a la espera de que cayera Jerusalén. No obstante, Gran Bretaña logró hacerse de nuevo con la situación tras adoptar un plan de contrainsurgencia con nuevos refuerzos venidos de fuera, “dos divisiones, escuadrones de aviación, cuerpos policiales, fuerzas fronterizas de Transjordania y el apoyo de unos 6.000 efectivos del movimiento sionista”⁵⁹. También se crearon unidades mixtas, británicas y sionistas, con una red de información y espionaje en la que destacaron los judíos arabo-parlantes. Asimismo, se erigió una valla en la frontera con Siria para impedir la incursión de voluntarios, y se estableció un sistema de control del transporte.

El aplastamiento de la rebelión por las fuerzas coloniales británicas tuvo un impacto significativo e incluso trascendental para la sociedad palestina. Dejó un considerable saldo de heridos, muertos, encarcelamientos, deportaciones, sanciones, destrucción material y económica, también una sociedad exhausta, sin mayor capacidad de acción política para afrontar los importantes desafíos que tenía todavía por delante. Además de poner fin a la revuelta, la represión desmanteló al MNP en un momento crucial de la historia política palestina. Como observa Ras-

59. Mattar. *The Mufti of Jerusalem*, p. 83.

hid Khalidi, seccionó el liderazgo del MNP en un contexto histórico decisivo, cuando se adoptó tras la posguerra mundial, en 1947, la resolución 181 de la Partición de Palestina con una sociedad huérfana de su movimiento nacional y dirección política⁶⁰.

ILUSIÓN ÓPTICA DEL LIBRO BLANCO Y DESINTEGRACIÓN DEL MNP

Con su apoyo al proyecto colonial sionista a expensas de los derechos nacionales de la población nativa de Palestina, Londres evidenciaba que no tenía ningún interés ni voluntad de conducir el país hasta la independencia árabe como se derivaba de las promesas realizadas antes de la Primera Guerra Mundial; y del compromiso contraído con el Sistema de Mandato de la Sociedad de Naciones respecto a las antiguas provincias árabes del Imperio otomano, clasificadas en la categoría A (existía la B y la C) y aptas para ser guiadas por una potencia mandataria hasta su independencia.

Mientras los otros países bajo dominio mandatario accedieron —antes o después— a la independencia, Londres reservaba otro destino para Palestina, el de su gradual transformación demográfica y geopolítica con objeto de implantar las bases fundacionales del futuro Estado judío. Como señala el historiador israelí Ilan Pappé, Gran Bretaña solo se retiró de Palestina una vez asegurada su misión, después de alterar el equilibrio de poder y demográfico en Palestina, que sentó las bases sociales, políticas, militares y económicas que cimentaron la implantación de Israel en suelo palestino⁶¹.

El único momento en el que Londres pareció flexibilizar su posición fue ante la rebelión colonial de 1936-1939 con la publicación del *Libro Blanco* en 1939, que restringía la inmigración judía a Palestina y la venta de tierras al movimiento sionista; también parecía renunciar a la idea de la partición introducida por la Comisión Peel en 1937 y, por ende, a la de la creación de un Estado judío; y en su lugar se comprometía con la independencia de Palestina en el plazo de una década. Este aparente giro en la política británica suscitó el rechazo del movimiento sionista, pues contradecía el compromiso adquirido unas dos décadas atrás por Gran Bretaña en la Declaración Balfour (1917); y parecía rectificar su trayectoria como garante del establecimiento de un Estado judío. Durante este periodo se alcanzó la máxima tensión entre el Mandato británico y el movimiento sionista, solo coyunturalmente atenuada durante la Segunda Guerra Mundial, cuando Ben Gurión impulsó la máxima de “Combatiremos al lado del ejército británico contra los alemanes como si no existiese el Libro Blanco antisionista de 1939, y lucha-

60. Khalidi. *The iron cage*, p. 125.

61. Pappé. *Britain and the Arab-Israeli*, y *The making*.

remos contra el Libro Blanco como si la guerra contra Alemania no tuviese lugar”⁶².

En paralelo a estas crecientes contradicciones y desencuentros, el movimiento sionista buscó ágilmente un reemplazo a la potencia mundial que había apadrinado su proyecto colonial durante la primera mitad del siglo XX. Su éxito en esa búsqueda fue innegable al reemplazar a Gran Bretaña por Estados Unidos, la potencia emergente durante este periodo hasta finalmente consolidarse tras la Segunda Guerra Mundial como una de las dos superpotencias que, junto a la Unión Soviética, marcaron las áreas de influencia en la posterior división bipolar del sistema internacional. Como señala el historiador israelí Avi Shlaim, una pauta de comportamiento constante del movimiento sionista desde su emergencia ha sido garantizarse siempre el apoyo de una potencia mundial⁶³. Sin esa importante alianza difícilmente se explicaría su política y supremacía estratégica en la región.

Desde otro ángulo, el *Libro Blanco* también fue rechazado por el MNP. Si bien no todos los dirigentes veían negativamente sus propuestas e incluso estaban dispuestos a aceptarlas, finalmente se impuso el criterio contrario. Esta controvertida posición ha sido objeto de un importante debate, por la falta de flexibilidad del MNP para aprovechar esta oportunidad y las posibles consecuencias que se hubieran derivado de su aceptación. Sin embargo, no es menos cierta la opinión de que, en ese hipotético caso, nada garantizaba que Londres mantuviera su compromiso en contradicción con su trayectoria política en Palestina. El precedente del *Libro Blanco* de 1930, desmentido e invalidado por el primer ministro británico MacDonald en 1931, inclinaba a pensar que, para entonces, la suerte de Palestina estaba echada. De hecho, las líneas de acción diseñadas en el *Libro Blanco* fueron rápidamente retiradas por la propia administración británica.

Las propuestas contenidas en el *Libro Blanco* habían llegado tarde, desdibujándose en el contexto de la Segunda Guerra Mundial y los cambios que introdujo en la estructura de poder del sistema internacional de la posguerra. Del mismo modo, se puede considerar que la rebelión anticolonial que protagonizaron los hombres y mujeres de Palestina entre 1936-1939 también se había dilatado en el tiempo hasta hacer su aparición. Por el contrario, de haberse producido dos décadas antes, desde comienzos del dominio británico en Palestina, se podía haber propiciado otra configuración de fuerzas. Si bien, visto desde otro ángulo, habrá igualmente que reconocer que dicha rebelión fue una de las más tempranas de la era anticolonial, adelantándose a la etapa de la descolonización que se produjo en

62. Pappé. *Historia de la Palestina*, p. 171.

63. Shlaim. *El muro de hierro*, pp. 39-40.

las dos décadas siguientes a la conflagración mundial, y de otras tan importantes como la de la India entre 1942 y 1947.

En cualquier caso, el MNP había quedado desmantelado, con sus bases sociales y combatientes sin dirección política en un momento decisivo de la historia política de Palestina. En esta crítica tesitura se produjo la aprobación del Plan de Partición por las Naciones Unidas, en noviembre de 1947; la primera confrontación árabe-israelí, en mayo de 1948; y la limpieza étnica de Palestina, iniciada en el intervalo entre ambos acontecimientos. Se inauguraba, así, un nuevo y dramático capítulo en la historia contemporánea de Palestina, diseñado por esa radical transformación demográfica y geopolítica. Hubo que esperar unas dos décadas, aproximadamente, para que la denominada *cuestión de Palestina* reemergiera durante el periodo de la Guerra Fría a lomos de un renacido MNP que, entre las novedades que introduciría, sobresalía la de estar más radicado en la diáspora que en el interior de su territorio, pagando por ello también un alto precio.

Tras la *Nakba*, los fragmentos del MNP que sobrevivieron a esta hecatombe intentaron articularse de nuevo sin mayor éxito. Por el contrario, volvieron a mostrar su debilidad e incapacidad para forjar una alternativa amplia y sólida, confirmando así la limitación y agotamiento de su repertorio organizativo, movilizador y estratégico. La rivalidad que arrastraban del periodo anterior persistió incluso durante esos momentos trágicos, en los que se proclamó el “Gobierno de Toda Palestina” por el Muftí en 1948. Su establecimiento en Gaza fue efímero, sin mayor proyección política que la meramente nominal hasta diluirse en el tiempo. La Liga de Estados Árabes animó a la reunificación palestina bajo su tutelaje. La *cuestión de Palestina* dejó de estar en manos palestinas. El vacío organizativo y representativo palestino fue aprovechado e instrumentalizado por parte de algunos regímenes árabes. El más evidente de todos fue el encabezado por el rey ‘Abd Allāh de Jordania, que había sellado un acuerdo secreto con el movimiento sionista para el reparto de Palestina⁶⁴. Con ser importante, no fue el único caso de manipulación y traición. En suma, todo indicaba que el ciclo de emergencia y declive del MNP del periodo de entreguerras había llegado a su fin.

CONCLUSIÓN

El MNP de entreguerras no logró obtener la independencia de Gran Bretaña ni tampoco que desistiera de su apoyo decisivo al movimiento sionista. No consiguió esos objetivos mediante una oposición pacífica, comedida e incluso colaboradora con la potencia mandataria, confiada ingenuamente en poder persuadir de esta manera a Londres; ni tampoco mediante una prolongada acción colectiva de

64. Shlaim. *Collusion across the Jordan*.

desobediencia civil y, posterior, resistencia más radical y violenta, confiada entusiastamente en doblegar el poder colonial. Su debilidad y, en particular, la división e inoperancia de sus dirigentes no explican por sí solo su fracaso para alcanzar la independencia de Palestina o, al menos, disuadir el proyecto colonial sionista. En este balance, además de los factores y actores internos, conviene igualmente contemplar los externos. No se trata de desplazar toda la responsabilidad hacia los poderes externos ni, a la inversa, cargarla en los actores más débiles —y víctimas— de esta ecuación. Por el contrario, amerita establecer una jerarquía en la responsabilidad que, sin igualar a las partes, adquirieron los distintos actores en diferente grado.

Para despejar cualquier tipo de dudas es obligado afirmar que, por los motivos antes señalados, los dirigentes palestinos fueron incapaces de articular un movimiento nacional unificado que pudiera tomar decisiones y orientar acciones de manera efectiva, aún menos capaz de crear instituciones nacionales protoestatales como hizo en cambio de manera eficaz el sionismo. Si bien el Mandato británico alimentó y explotó la división en el seno de la élite política palestina, no es menos cierto que la responsabilidad de su fragmentación se debía principal y exclusivamente a los dirigentes palestinos, que antepusieron sus intereses cortoplacistas, personales, familiares, de clase y elitistas por encima de los colectivos y genuinamente nacionales. Incluso el movimiento sionista explotó y rentabilizó esa situación, de división y debilidad, sin por ello ser el responsable de la misma.

Aclarado este particular, resulta igualmente pertinente recordar la primacía estratégica de la que gozaban los actores externos. Incluso podría afirmarse que un MNP unificado no garantizaba el éxito de su agenda nacional por la superioridad de las fuerzas contrincantes, si bien podía haber atenuado su fracaso. Pero la historia no admite este tipo de especulaciones. La realidad es que el MNP de entreguerras era incomparablemente inferior en poder e influencia a los actores externos. El Imperio británico estaba considerado entonces como la principal potencia mundial, con una larga experiencia de dominación colonial, en connivencia con Francia, la otra gran potencia mandataria en Oriente Próximo. Y el movimiento sionista contaba con el respaldo de estas grandes potencias, en particular, de Gran Bretaña; además de una gran capacidad de movilización de recursos organizativos en términos políticos, diplomáticos, militares, económicos, comunitarios y humanos.

En comparación, el MNP carecía de cualquier respaldo internacional y regional. Ninguna potencia mundial apostaba por la independencia de Palestina, tampoco existía un equivalente similar o potencia regional que contrapesara este desequilibrio de poder y abogara por su derecho a la autodeterminación. Los países

del entorno se encontraban atrapados en una situación análoga, de dominio colonial o bien mandatario, aunque algo más atenuado por no ser gobernados directamente y permitirse la construcción de instituciones nacionales o protoestatales. Incluso aquellos países árabes que habían accedido formalmente a la independencia, como Egipto, Siria o Irak, carecían de la soberanía suficiente para decidir (en particular, en materia de política exterior y de seguridad), de manera autónoma a sus antiguas metrópolis, que seguían ejerciendo una indudable influencia en sus asuntos externos e internos.

La debilidad del MNP no era ajena a las deficiencias estructurales de la sociedad palestina de entonces, de carácter tradicional, con una férrea jerarquía y control social comunitario, de mediación personal o familiar en las relaciones sociales, económicas e incluso políticas, sin una suficiente cohesión nacional. Estas vulnerabilidades, propias de una sociedad subdesarrollada, representaron una oportunidad para el movimiento sionista que, además de poseer mayores recursos materiales y económicos, contaba con un importante capital humano, organizaciones políticas e instituciones protoestatales más propias de las sociedades desarrolladas (europeas principalmente) de donde procedía. Sin olvidar el mencionado respaldo político y diplomático en la escena internacional.

Estas deficiencias estructurales se tradujeron en el terreno sociopolítico con un liderazgo asentado en la autoridad tradicional, de familias prominentes y hacendadas, originada en la era otomana y prolongada en la británica durante la que ejerció su función de intermediación entre el Estado y la sociedad. Su cooptación por el poder colonial derivaba de la necesidad de contar con una “clase compradora” autóctona que moderara, pacificara y estabilizara la sociedad colonizada. Así, la dominación británica se ejerció no solo mediante la coacción, sino también por medio de la cooptación de la vieja clase de notables que, a su vez, estaba igualmente interesada en evitar toda radicalización e inestabilidad que hiciera peligrar sus intereses económicos y status político (con un poder más simbólico que real o efectivo). De ahí su rol ambiguo, de entendimiento y acomodo con el poder colonial, al mismo tiempo que centraba su oposición en el movimiento sionista, sin advertir (o querer advertir) que la responsabilidad de ese proyecto colonial recaía en Gran Bretaña, que desde la Declaración Balfour hasta su política mandataria negaba todo reconocimiento del pueblo palestino como entidad nacional, representación política y derecho a la autodeterminación.

Cuando esta contradictoria situación se hizo insostenible entre finales de los años veinte y principios de los treinta, la dirección del MNP había cumplido su cometido como clase intermediadora o “compradora”, que transmitía la presión o contención desde “arriba hacia abajo” (desde el poder colonial a su sociedad); sin poder invertir luego los términos de esta relación. Cuando lo intentó ya era dema-

siado tarde. Carecía de recursos para ejercer una presión efectiva desde “abajo hacia arriba”, sin mayor poder e influencia sobre los acontecimientos que se desarrollaron a partir de la segunda mitad de los años treinta, ni control sobre las movilizaciones colectivas (huelgas, manifestaciones, operaciones de sabotaje y, en definitiva, rebelión anticolonial). A su vez, la potencia mandataria prescindió de sus servicios con la retirada de su confianza y apoyo, después de haberse servido de su función intermediadora.

La fuerte personalización de la dirección del MNP fue en detrimento de un movimiento social amplio e inclusivo, que agrupara al mayor número de sensibilidades en torno a un programa y estrategia común, dinamizando todos sus potenciales recursos movilizados, organizativos y comunicativos. Por el contrario, sus redes personalistas, familiares o clientelares solo contribuyeron a fragmentar la esfera sociopolítica, enredada en rivalidades elitistas o entre facciones que seguían esas mismas líneas de obediencia política, en las que las energías se podían consumir discutiendo cuestiones subsidiarias (por ejemplo, quiénes integraban la delegación que visitaría la metrópoli londinense) que debían estar previa y claramente regladas e institucionalizadas. Su concepción elitista de la política parecía rivalizar con canales de participación, organización e instituciones políticas de alcance nacional y protoestatales.

Los intensos cambios sociales y económicos que experimentaba la sociedad palestina no llegaron a consolidarse con igual alcance e intensidad que las amenazas, ni traducirse en cambios políticos. La efervescencia de la sociedad civil, con una nueva oleada de participación y asociacionismo, y la emergencia de un nuevo liderazgo nacionalista, más joven, moderno y asertivo, alejado de la política de cooptación e intermediación de los notables, no llegó a afianzarse como alternativa y relevo de la vieja dirección del MNP. Con su desmantelamiento organizativo y carencia de reemplazo de cuadros y militancia, la sociedad palestina quedó extenuada y más vulnerable tras la rebelión de 1936-1939. Una parte de la élite política tradicional prolongó su existencia, pero con un poder e influencia aún más nominal que en la etapa anterior. Si entonces su reconocimiento externo era británico, ahora procedía de algunos gobiernos árabes hasta terminar solapándola y ninguneándola. Mientras esa dirección política arcaica estaba inmersa en sus disputas personalistas y elitistas, la historia le había pasado por delante.

BIBLIOGRAFÍA

AL-RASHEED. *Historia de Arabia Saudí*. Madrid: Cambridge University Press, 2003.

- ANGLO-AMERICAN COMMITTEE OF INQUIRY. *A survey of Palestine: prepared in december 1945 and january 1946 for the information of Anglo-American Committee of Inquiry. Reprinted in full with permission from her majesty's stationery office by the Institute of Palestine Studies*. Washinton, D. C.: 1991, vol. I.
- ANTONIUS, George. *Arab awakening. The story of the Arab national movement*. Filadelfia: J.B. Lippincott Company, 1939.
- AYUBI, Nazih N. *Política y sociedad en Oriente Próximo. La hipertrofia del Estado árabe*. Barcelona: Bellaterra, 2000.
- AYYAD, Abdelaziz A. *Arab nationalism and the Palestinians, 1850-1939*. Jerusalén: PASSIA, 1999.
- BANKO, Lauren. *The invention of Palestinian citizenship, 1918-1947*. Edimburgo: Edinburgh University Press, 2016.
- BARAKAT, Halim. *The Arab world. Society, culture, and state*. Berkeley: University of California Press, 1993.
- BILL, James A. y SPRINGBORG, Robert. *Politics in the Middle East*. Nueva York: HarperCollins Publishers, 1990³.
- BRAND, Laurie A. *Palestinians in the Arab world. Institution building and the search for State*. New York: Columbia University Press, 1988.
- COBBAN, Helena. *La Organización para la Liberación de Palestina. Pueblo, poder y política*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.
- DAWISHA, Aaded. *Arab nationalism in the twentieth century. From triumph to despair*. Princeton: Princeton University Press, 2003.
- DOWSE, Robert; y HUGHES, John. *Sociología política*. Madrid: Alianza Editorial, 1977.
- FORRESTER, Viviane. *El crimen occidental*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2008.
- GERSHONI, Israel: "Rethinking the formation of Arab nationalism in the Middle East, 1920-1945: old and new narratives". En James JANKOWSKI e Israel GERSHONI (eds.). *Rethinking nationalism in the Middle East*. Nueva York: Columbia University Press, 1997.
- GLIÓN MENDIGUTÍA, Mar. *Historia del movimiento de mujeres en Palestina*. Navarra: Txalaparta, 2015.

- GROSSMAN, David. *Rural Arab demography and early Jewish settlement in Palestine: distribution and population density during the late Ottoman and early Mandate periods*. New Brunswick, NJ: Transaction Publishers, 2010.
- GUTIÉRREZ DE TERÁN, Ignacio. *Estado y confesión en Oriente Medio. El caso de Siria y Líbano. Religión, taifa y representatividad*. Madrid: CantArabia, 2003.
- H Aiduc-Dale, Noah: *Arab Christians in British Mandate Palestine. Communalism and nationalism, 1917-1948*. Edimburgo: Edinburgh University Press, 2013.
- HALLIDAY, Fred. *The Middle East in international relations. Power, politics and ideology*. Cambridge: Cambridge University Press, 2005.
- HASHEMI, Nader y POSTEL, Danny (eds.). *Sectarianization. Mapping the new politics of the Middle East*. Oxford: University Press, 2017.
- HERB, Michael. *All in the family: absolutism, revolution, and democracy in Middle Eastern monarchies*. Albany: State University of New York Press, 1999.
- HOURANI, Albert. *Arabic thought in the liberal age, 1798-1939*. Cambridge: Cambridge University Press, 1983 (primera edición de 1962).
- . “Ottoman reform and the politics of notables”. En William R. POLK y Richard L. CHAMBERS (eds.). *Beginnings of modernization in the Middle East. The nineteenth century*. Chicago: University of Chicago Press, 1968, pp. 41-68.
- HUSSEIN, Mahmoud. *Vertiente sur de la libertad. Ensayo sobre la emergencia del individuo en el Tercer Mundo*. Barcelona: Icaria & Antrazyt, 1998.
- KAYYALI, A. W. *Palestine. A modern history*. Londres: Third World Centre, 1981.
- KHALAF, Issa. *Politics in Palestine. Arab factionalism and social disintegration, 1939-1948*. New York: State University of New York Press, 1991.
- KHALIDI, Rashid. *The iron cage. The story of the Palestinian struggle for statehood*. Oxford: Oneworld Book, 2006.
- . *Palestinian identity. The construction of modern national consciousness*. New York: Columbia University Press, 1997.
- ; ANDERSON, Lisa; MUSLIH, Muhammad y SIMON, Reeva S. (eds.). *The origins of Arab nationalism*. Nueva York: Columbia University Press, 1991.

- KHALIDI, Walid. *Antes de su diáspora. Una historia de los palestinos a través de la fotografía, 1876-1948*. Paris: Les Editions de la Revue d'études palestiniennes, 1987.
- KHOURY, Philips S. *Urban notables and Arab nationalism. The politics of Damascus, 1860-1920*. Cambridge: Cambridge University Press, 1983.
- KIMMERLING, Baruch y MIGDAL, Joel S. *Palestinians. The making of a people*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1993.
- KRÄMER, Gudrun. *Historia de Palestina. Desde la conquista otomana hasta la fundación del Estado de Israel*. Madrid: Siglo XXI, 2006.
- LESCH, Ann Mosely. "The Palestinian Arab nationalist movement under the Mandate". En William QUANDT; B. Fuad JABBER y Ann Moseley LESCH. *The politics of Palestinian nationalism*. Berkeley: University of California Press, 1973, pp. 5-42.
- MA'UZ, Moshe: *Ottoman reform in Syria and Palestine, 1840-1861: the impact of the Tanzimat on politics and society*. Oxford: Clarendon Press, 1968.
- MARTÍN MUÑOZ, Gema. *El Estado árabe. Crisis de legitimidad y contestación islamista*. Barcelona: Bellaterra, 1999.
- MARTÍN, Javier. *La Casa de Saud*. Madrid: La Catarata, 2013.
- MASALHA, Nur. *La expulsión de los palestinos. El concepto de <<transferencia>> en el pensamiento político sionista, 1882-1948*. Madrid: Bósforo Libros, 2008.
- MATTAR, Philip. *The Mufti of Jerusalem. Al-Hajj Amin Al-Husseini and the Palestinian national movement*. Oxford: Columbia University Press, 1988.
- MATTHEWS, Weldon C. *Confronting an Empire, Constructing a nation. Arab nationalists and popular politics in Mandate Palestine*. Londres, I.B. Tauris, 2006.
- MÉNORET, Pascal. *Arabia Saudí. El reino de las ficciones*. Barcelona: Bellaterra, 2004.
- MIGDAL, Joel S. *Strong societies and weak states. State-society relations and states capabilities in the third world*. Princeton, N.Y.: Princeton University Press, 1988.
- MÜNKLER, Herfried. *Viejas y nuevas guerras. Asimetría y privatización de la violencia*. Madrid: Siglo XXI de España Editores, 2005.
- MUSLIH, Muhammad Y. *The origins of Palestinian nationalism*. Nueva York: Columbia University Press, 1988.

- NACIONES UNIDAS. *Orígenes y evolución del problema palestino, 1917-1988*. Nueva York: Naciones Unidas, 1990.
- NUSSEIBEH, Sari. *What is a Palestinian State worth?* Cambridge: Harvard University Press, 2011.
- OWEN, Roger. *State, power and politics in the modern Middle East*. Londres: Routledge, 1992.
- . *The Middle East in world economy, 1800-1914*. Londres: I.B. Tauris, 1981.
- PAPPÉ, Ilan. *The rise and fall of a Palestinian dynasty: the Hussaynis, 1700-1948*. Berkeley: University of California Press, 2010.
- . *Historia de la Palestina moderna. Un territorio, dos pueblos*. Madrid: Akal, 2007.
- . *The making of Arab-Israeli conflict, 1947-51*. Londres: I.B. Tauris, 1992.
- . *Britain and the Arab-Israeli conflict, 1948-51*. Londres: Macmillan, 1988.
- PETEET, Julie M. *Gender in crisis. Women and the Palestinian resistance movement*. Nueva York: Columbia University Press, 1991.
- PORATH, Yehoshua. *The emergence of the Palestinian Arab national movement, 1918-1929*. Londres: Frank Cass, 1974.
- REGAN, Bernard. *The Balfour Declaration. Empire, the Mandate and resistance in Palestine*. Londres: Verso, 2017.
- ROBERTS, Nicholas E. *Islam under the Palestine Mandate. Colonialism and the Supreme Muslim Council*. Londres: I.B. Tauris, 2016.
- ROGAN, Eugene L. *La caída de los otomanos. La Gran Guerra en el Oriente Próximo*. Barcelona: Crítica, 2015.
- RUIZ BRAVO-VILLASANTE, Carmen: *La controversia ideológica. Nacionalismo árabe/nacionalismos locales*. Madrid: Instituto Hispano-Árabe de Cultura, 1976.
- SCHNEIDER, Suzanne. *Mandatory separation. Religion, education and mass politics in Palestine*. Stanford University Press, 2018.
- SCHÖLCH, Alexander. *Palestine in transformation, 1856-1882. Studies in social, economic and political development*. Washington, D.C.: Institute for Palestine Studies, 1993.
- SHAFIR, Gershon. *Land, Labor and the origins of the Israeli-Palestinian conflict, 1882-1914*. Berkeley: University of California Press, 1996.

- SHLAIM, Avi. *El muro de hierro. Israel y el mundo árabe*. Granada: Almed, 2003.
- . *Collusion across the Jordan: King Abdullah, the Zionist movement, and the partition of Palestine*. Oxford: Clarendon Press, 1988.
- SMITH, Pamela Ann. *Palestine and the Palestinians, 1876-1983*. Nueva York: St. Martin Press, 1984.
- SWEDENBURG, Ted. "The role of Palestinian peasantry in the great revolt (1936-1939)". En Edmund BURKE e Ira M. LAPIDUS (eds.). *Islam, politics, and social movements*. Londres: I.B. Taurus, 1988, pp.169-203.
- TYLER, Warwick, P. N. *State lands and rural development in Mandatory Palestine, 1920-1948*. Brighton: Sussex Academic Press, 2001.
- VALBJORN, Morten e HINNEBUSH, Raymond. "Exploring the nexus between sectarianism and state formation in the Middle East: theoretical departure". *Studies in Ethnicity and Nationalism*, 1 (2019), pp. 2-22.
- WALDMANN, Peter. *Radicalismo étnico. Análisis comparado de las causas y efectos en conflictos étnicos violentos*. Madrid: Akal, 1997.